Año III — Avellaneda, 15 de Junio de 1926 — N.o 51

DIRECCION:
Baudrix 2790
AVELLANEDA
F.— C.— S.—
Pᶜᵃ de Bs Aires.

RENOVACIÓN

Número suelto:
10 centavos.

PUBLICACION QUINCENAL ANARQUISTA

Fantasmagorías del progreso

Para el común de las gentes, sin excluir la tenida por élite científica, el progreso se manifiesta en las formas aparatosas que actualmente presenta en las grandes urbes. Es decir, existe ese desarrollo ascendente en las sociedades, en tanto éstas se desenvuelvan dentro de instituciones sujetas a complicados y enormes mecanismos. O dicho en otro lenguaje: el progreso se constata y mide por las manifestaciones mecánicas — podríamos decir — de los conglomerados humanos, por lo que materialmente crean y acumulan estos conglomerados. Se dice que un pueblo o una sociedad son progresistas, teniendo en cuenta sus industrias, su comercio, vías de comunicación, una edificación compacta, y cuya originalidad arquitectónica reside principalmente, en el amontonamiento de pisos sobre otros, y sobre todo si los vestidos y ademanes pasan como "noveautés parisiennes".

Es indudable que donde el desarrollo mecánico haya alcanzado ese apogeo, existen de hecho muchas más probabilidades de alcanzar mayores grados en la escala de una cultura realmente tal. También puede afirmarse, que, aunque no en la extensión deseada, esa mayor evolución cultural existe. Pero no es este tópico el que queremos tocar en este instante.

Lo que pretendemos ahondar es lo siguiente: las formas exteriores, tanto industriales como en el orden institucional en que, política y económicamente, rígense las sociedades capitalistas, no expresan ni los grados alcanzados por el verdadero progreso humano, ni mucho menos descubren la dirección que sigue ese proceso.

Esta afirmación es sumamente arriesgada. Y tanto lo es, que los mismos sabios tenidos por señores absolutos en los predios científicos, afirman todo lo contrario: que así como en biología está probado que la evolución superior se manifiesta de las formas simples a las compuestas y de las sencillas a las complejas, igualmente en las sociedades humanas sigue una idéntica dirección, o lo que es lo mismo: el progreso se manifiesta según va alcanzando sus formas más complicadas.

Diremos de paso que si la afirmación científica quedara limitada al círculo vicioso de los gabinetes, no nos esforzaríamos por desvirtuarla, en parte. Pero como no son las mayorías, sino las selectas minorías que tienen acaparado el saber las que rigen moral e intelectualmente el mundo, es por lo que hay que contrarrestar esa influencia científica cuyas consecuencias prácticas son tan funestas a la causa emancipadora de los pueblos. Tanto lo son, que la casi totalidad de los anarquistas han aceptado como terminante esa fórmula progresista, en lo que atañe a los conglomerados humanos.

Ahora bien; a nuestro entender, los sabios parten de un principio hasta cierto punto inadmisible al pretender, con rigidez asombrosa, aplicar las leyes que rigen la gestación y desarrollo de una planta y de un animal, a los pueblos. He aquí su primer y principal error. Y resulta que la tan decantada afirmación no pasa de ser un simple intento, debido a que las leyes que regulan el proceso evolutivo del organismo individual, no regulan el mismo proceso en el organismo social. Al menos nosotros constatamos otra cosa muy distinta: que el último sigue una trayectoria muy opuesta al primero.

Veamos algunas de las causas que nos determinan a saltar fuera de ese cauce trazado por las ciencias: en la mecánica del organismo humano, individualmente considerado, impera absolutamente este régimen: la contribución proporcional y armónica de todas sus partes de manera que la paralización y aniquilamiento de una de ellas, es la paralización y muerte del resto. Su variedad y complicación orgánicas, es la resultante de la armonía y mancomunidad de esfuerzos. Y aunque esté demás decirlo, todo esto es la resultante de un equitativo reparto en la distribución de las materias alimenticias. ¿Se rigen en esa forma los pueblos tenidos por civilizados? Enormemente al revés de lo que sucede en el dominio individual, en el dominio colectivo, la vida se manifiesta como resultado del agotamiento y aniquilamiento total de las partes más numerosas y útiles de la sociedad. Una minoría vive y prolonga su dominación, a costa del embrutecimiento y la exterminación de los seres que son en realidad el conjunto más útil, fecundo e imprescindible, o podrían ser tenidos como las vitaminas del organismo social. En el orden orgánico, las partes más útiles y que generan la vida, sucumben para dar ésta a las partes puramente parasitarias. Y si es en el orden moral, mejor dicho, en el político, las partes más inútiles, más terriblemente dañinas son las que preponderan y coercionan brutalmente a las demás. ¿Cuál es la parte o las partes que en el organismo humano pueden coercionar y supeditar al resto o anularlos en sus funciones? Voluntariamente cedemos el lugar a los que, no conociendo otro desarrollo de la vida orgánica que la que ven a través de los textos oficiales, se consideran más en condiciones para dar la contestación recurriendo a una explicación biológica.

Sintetizado así el origen del principal error de los sabios y de los que "científicamente lo hacen suyo, vamos a entrar a considerar si las tenidas por manifestaciones colectivas del progreso, en realidad expresan los grados alcanzados y la dirección que actualmente sigue la evolución psicológica, para expresarlo más complejamente, en las sociedades o naciones. Nada más natural, pues, para intentar acercarnos al objeto perseguido, que limitarnos a considerar las manifestaciones que sirven de base a los que sostienen la tesis adversa y que desde luego son las únicas que se prestan para afitnzarla, o ceder el puesto a nuestra opinión científica... Nos referimos a las formas argánicas, tanto a las que tienen por misión regular el funcionamiento del sistema de Gobierno imperante, como las destinadas a regimentar el régimen económico en sus múltiples actividades.

Definido así el punto de partida de este aspecto de la cuestión, conviene dejar sentado, para evitar confusiones, que no negamos, en todo terreno la existencia de la complejidad en las manifestaciones de la vida colectiva. Nuestro fanatismo no nos conduce al extremo opuesto de sostener que aún la humanidad sigue haciendo pininos y que nos encontramos en los períodos primitivos, en que la vida de relación se limitaba a las tribus, que carecían hasta de un lugar fijo para residir. Aceptamos de buen grado esto que es una realidad, aún prescindiendo de las mismas leyes biológicas que rigen a las plantas y los animales, el hombre inclusive: el progreso real se manifiesta en una serie de complicaciones en la vida de relación de los actuales conglomerados o pueblos, tanto en las manifestaciones morales como materiales. Pero, ¿pueden ser esgrimidas como pruebas de progreso real, las complicaciones orgánicas y funcionales que fatalmente tienden a la centralización de esas relaciones, deformando y anulando las más esenciales?

Las instituciones del Estado, las bancarias y todas las demás que rigen la producción industrial, agrícola y el tráfico comercial, ¿son propulsoras del progreso y fecundadoras de vida? Todo lo contrario: a más de obstaculizarlo, deforman las verdaderas tendencias progresistas, desviándolas por cauces opuestos a la tranquilidad y a la dicha de los pueblos. El Estado, sea cual sea el gobierno que lo representá, no sólo en su función de policía, sino en la misma función administrativa, mata todo espíritu creador haciendo derivar todo el esfuerzo social al engrase de su complicado mecanismo y engorde de la voraz burocracia que hace funcionar su monstruosa maquinaria. Sus órganos no tienen ninguna misión productiva, ni emulan la producción útil en la agricultura, las industrias y el arte, aunque los científicos pretendan justificar que el Estado es fuente generadora de vida y no exclusivamente de tiranía, de degradación y de muerte. ¿Y es distinta la misión que cumplen los consorcios bancarios e industriales? Si en verdad por su naturaleza llenan funciones económicas y financieras, no es menos cierto que esas funciones sólo traen aparejado como único bien, el pauperismo y luchas fratricidas entre pueblos y entre individuos de cada sociedad o nación. ¿La producción industrial y agrícola, el intercambio comercial, los medios de comunicación y transporte, en una palabra, el portentoso desarrollo de las ciencias existe por el Estado y las instituciones capitalistas, o a pesar de éstas y en oposición violenta a las fuerzas castradoras y parasitarias que generan?

Seguros de que los que aceptan en absoluto las premisas biológicas de los sabios, que venimos contrarrestando, no se atreverán a esgrimir el sistema político actual como incontestable demostración de lo cierto de su tesis, reduzcamos el problema al terreno de la producción agrícola e industrial. Esta simplificación tiene la doble ventaja de ilustrar a los anarquistas que toman el sistema de producción en gran escala, tal cual se manifiesta en los grandes establecimientos fabriles y rurales, como manifestaciones reales del progreso, y señala más directamente las verdaderas corrientes progresistas que tanto el Estado como los truts capitalistas se esfuerzan por anular absorviéndolas. Además, es el mejor medio para hacer factible a las grandes masas obreras, la transformación social, que la consideran difícil sino imposible, debido a las formas complicadas y centralistas que rigen en una parte de las industrias y en gran parte de la tierra destinada a la producción agropecuaria.

Limitada la dilucidación del problema al terreno de la producción, diremos que paralelamente y al margen del tenido por portentoso desarrollo industrial o de concentración capitalista, se manifiesta un proceso evolutivo de descentralización e independencia. Pero aunque hayamos excluído al Estado, circunstancialmente, no se vaya a creer que se trata de un proceso simple... No; este proceso es complejo, puesto que comprende las fases económicas, morales, políticas e intelectuales. En efecto; así como subsiste la tendencia innata en el género humano, a la autonomía individual, tendencia que no ha podido ser extirpada a pesar de la bárbara tendencia autoritaria que constituye la médula del Estado e instituciones burguesas, así se manifiesta intensamente la tendencia a la autonomía institucional y un funcionamiento libre en los inmensos conglomerados donde la concentración industrial y comercial ha llegado a un apogeo que raya en el paroxismo.

Para demostrar esto no hay necesidad, como ya hemos insinuado, de traer a colación los intentos de independizarse del despotismo estatal. En este dominio, son infinitas las manifestaciones de independencia política. En lo que atañe al deseo de buscar un desenvolvimiento al margen de la periferia institucional del Estado, podemos señalar las sociedades o corporaciones de índole particular y que no llenan una función capitalista de carácter industrial y agrícola. Nos basta con las manifestaciones de esa misma naturaleza que tienen por teatro al gran dominio industrial y agrícola.

En los grandes centros industriales, que tanto entusiasman a los partidarios de la concentración capitalista, se desarrolla un proceso, al par que de descentralización, de simplificación en las funciones productivas. El enjambre de pequeñas fábricas y talleres, serían más que suficiente para demostrar que la tendencia descentralizadora gana terreno asombrosamente, aunque este asombro no haga mella en los amantes de buscar complicaciones a la vida, en la creencia que sólo así progresa.. Se nos dirá que en esa tendencia no hay la más mínima porción de sentimiento de independencia y libre determinación. Aceptado. Pero con eso no se niega que el proceso descentralizador existe. Es más, se desarrolla enormemente, no obstante la temible competencia provocada por las grandes industrias y las dificultades para adquirir las materias primas, la fuerza motriz y las maquinarias. Las estadísticas oficiales constatan que en países como Inglaterra, Norte América, Francia y Alemania hay ramas industriales importantes, donde la producción de la pequeña industria supera a la grande, no obstante la protección oficial de que goza esta última.

Pero no hay necesidad de ir tan lejos. En la misma Argentina se constata el mismo hecho. Tomemos como ejemplo Buenos Aires, su principal centro industrial. Recorramos esta urbe y a simple vista, sin necesidad de estadística oficial alguna, constataremos la existencia de innumerables pequeñas fábricas y talleres. Y si agregamos los millares de hombres, mujeres y niños ocupados en la industria doméstica, no habrá números que puedan demostrar que el proceso de complicación y concentración no sólo se desarrolla absorviendo todas las funciones productivas, si que tampoco supera al proceso opuesto de la prolificación de producción en pequeña escala y descongestión industrial. Ahora mismo se dá el caso de que en industrias como la del calzado, hay grandes fábricas que han reducido su capacidad productiva, mientras que los pequeños talleres trabajan sin que dén señales de desaparecer por eliminacin del mercado. En este resultado es indudable que influyen factores de orden capitalista.

Sean cuales sean las objeciones que se nos puedan hacer, lo cierto es que la fórmula de progreso que toma el desarrollo industrial de concentración capitalista, como igualmente el sistema institucional político económico en vigencia, como manifestaciones de progreso efectivo, es ilusoria y negadora de la evolución progresista que conducirá a la humanidad a superiores formas de convivencia y de un efectivo bienestar. Y que las manifestaciones reales del progreso social, en todos los órdenes, están en las tendencias descentralizadoras y simplificadoras de las funciones económicas y relaciones sociales.

Sobre este fenómeno llamamos la atención con especial interés, de los anarquistas y obreros en general.

Contra la represión gubernativa

Tanto la F. Local de Buenos Aires y la de Avellaneda, como las demás organizaciones que integran la F. O. R. A., están desplegando intensas actividades en pro de la libertad de Sacco y Vanzetti, y de divulgación de los procedimientos abusivos, no por ser empleados sorda y tenebrosamente, menos repudiables, del llamado gobierno nacional, el que, temiendo a la opinión, no recurre a ninguna clase de decreto para declarar el estado de sitio contra los anarquistas solamente, sino que, como siempre, ordena al jefe de policía lance a la calle las brigadas o mazorcas que asalten domicilios, deshagan reuniones y detengan a los que, según el entender policíaco, resulten sospechosos de actividades subversivas...

Pero lo cierto es que ninguna de esas actividades ha conseguido, hasta ahora, torcer el cerril criterio gubernamental, que, al parecer, está empeñado en mantener el actual estado de excepción "in eternum" con tal de perjudicar la propaganda anarquista. El gobierno radical, con su rechoncha vera efigie a la cabeza, por una parte está obligado — política y financieramente — a rendir pleitesía a la omnímoda plutocracia yanqui, y por la otra, se esfuerza por ser consecuente con su rancio origen gauchocrático disfrazado con el suntuoso ropaje de la democracia a la francesa...

Por eso no permite que se condene el acto salvaje de los bárbaros prestamistas del Norte, que tienen asida por el pescuezo a la frágil doncella que simboliza la tristemente célebre argentina independencia... y se eduque al pueblo que sojuzga impunemente y lo entrega atado de pies y manos a los truts capitalistas ingleses y norteamericanos, con el beneplácito de los grandes y mercantilizados diarios.

Al parecer, no hay posibilidad de conquistar las calles y plazas de Buenos Aires mediante el recurso de los actos de protesta que en esta vecina ciudad de Avellaneda y en las demás localidades del interior se vienen realizando con bastante entusiasmo. ¿Es que el quirinal argentino está dispuesto a provocar una situación de fuerza? Lo dudamos... Lo que hay en los entretelones del asunto, es que el sumo pontífice y los cardenales están entre la espada y la pared: por un lado los reyes del vil metal, que exigen obediencia o declaran fallido el Estado argentino; y por la otra, el temor al descrédito público. Pero como el que más puede es el que vence — es lo normal dentro de las anormalidades estatistas—,esta vez el vencedor es el Estado yanqui, porque el pueblo no da señales de vida.

En semejante tren de debilidades y de patrios servilismos, el gobierno de este suelo donde diariamente cantan millares de chicos: "Y se levanta a la faz de la tierra una nueva y gloriosa nación", en semejante tren, repetimos, — lógico es reconocer —, se ve obligado a valerse de los mercenarios instrumentos de la U. Sindical Argentina, para, en el peor de los casos, demostrar que en Buenos Aires hay libertad de palabra y reunión a diestra y siniestra. Y ya lo ha demostrado el gobierno de Alvear, como lo demostró el de Irigoyen y más anteriormente los gobiernos conservadores de Victorino de la Plaza, Figueroa Alcorta, etc., etc.: el domingo 6 del actual, mientras los anarquistas realizaban un acto de este lado del riachuelo, en la conocida isla Maciel, partido de Avellaneda, la "revolucionaria" U. S. A. celebraba uno en la plaza del Once, que viene a ser en pleno corazón de la gran Sodoma argentina. Los viejos camaleones, como los nuevos que forman la extrasindical A. L. A., que se consideran anarquistas de recia envergadura, cumplen con su crónica misión de traidores y palafreneros de gobiernos, a las mil maravillas.

Sin embargo, tanto la mordaza que nos impone el tenido por gobierno federal, como las franquicias de que disfrutan los judas del proletariado, nos enorgullece. Este estado de cosas justifica todas nuestras acusaciones y una vez más prueba que la F. O. R. A. es la genuina entidad revolucionaria, y los anarquistas que la nutren con su savia ideológica, son los verdaderos enemigos del Estado y demás instituciones capitalistas y los que en realidad interpretan las verdaderas ansias de redención popular.

Persuadidos de que tal es la posición que ocupan una y otros, es que concitamos a todos los camaradas a redoblar nuestras actividades contra la represión gubernamental y también con el fin de ensanchar el radio de nuestro organismo regional, creando nuevos núcleos orgánicos.

¡Atención!

Camarada: RENOVACION tiene en su contra un deficit de importancia. Si puedes, ayuda al periódico; no pierdas tiempo. Está en tí asegurar su existencia. Y eso, si tu voluntad lo quiere, puedes hacerlo, haciendo circular una lista, aumentando el número de subscriptores, y demás medios a tu alcance.

Con lo dicho creemos suficiente para interesarte, si te identificas con su obra. Pero te advertimos que si te importunamos es por imposición de las circunstancias.

LA PROPAGANDA POR LA CONDUCTA

El anarquista es un tipo estudioso, reflexivo, consciente del medio en que se mueve. Y, si acaso no lo es, debe de serlo. El anarquista es un tipo eminentemente observador, fino en cuanto le permite el temperamento; su moral es benévola, pronta a disculpar errores e injurias que él comprende son un producto de la ignorancia si no de un carácter enfermizo. El anarquista no es una germana gritona, iracunda, malhadada. El anarquista no es fachendoso, ni fatuo, ni declamador cobarde, ni insultador. Y, si lo es, no debe serlo. El anarquista, aun de limitados conocimientos, es un tipo culto, digno, muy amante de sí mismo, es decir, de ser como dice que es, de proceder como dice que piensa. El anarquista no es cruel siendo fuerte, ni protervo, ni de mal espíritu, porque está educado tanto como exterior, interiormente. El anarquista no debe ser sacerdote ni polizonte, ni asesino ni apaleador de mujeres, ni borracho eterno, ni procaz con el adversario, aunque sí bravo, ni apologista de las armas homicidas. Y cuando lo llegase a ser, perderá las características del anarquista en su tipo general y positivo. Tanto repugna ver a un cura hablando de justicia, como a un anarquista dando vivas al puñal de Caserio. Ambos actos son estúpidos, y ni el sujeto primero sabe lo que es justicia, ni el segundo entiende nada de anarquismo. Que el hecho de Caserio fuese el de un joven que se preciaba de atacar la iniquidad con todas las armas que el momento le propusiera, es una cosa. Y que los puñales deban ser vivados al lado de una gran teoría del positivismo, como es la anarquía, es otra cosa.

En los mitines, muchas veces hay individuos que usan el apóstrofe más sangriento contra cualquier pobre gente, de condición burguesa, que se asome a los balcones o a las ventanas. Se da el caso, a lo mejor, que cuatro o cinco profanos, más o menos bien vestidos o denotando una condición económica satisfactoria, se aproximan al mitin. En seguida aparecen cuatro o cinco inconscientes que les abocarán otros tantos vivas brutales: ¡viva el puñal tal! ¡muerte a fulano! ¡mueran los ladrones! Los desconocidos, justamente asombrados, reciben la mala impresión consiguiente, y en vez de seguir escuchando a los manifestantes y escuchar la palabra de los oradores propagandistas o las conversaciones de los grupos y amigos que forman en la columna, todo lo que les podrá ilustrar sobre la cuestión social, los desconocidos se retiran. Antes o después supieron que el acto era de los anarquistas. El juicio ya está hecho: "¡Qué asesinos! ¡son unos foragidos! ¡La suerte que nos retiramos, si no nos linchan!"

A veces, porque la mujer es asequible a todo ruido sugestivo, alborozadas y alegres salen a la puerta de calle o al balcón, soberbio de ornamentación y lujo, es entonces cuando, mordiendo ira, aparece el insulto gratuito: "mueran las prostitutas burguesas!" o cosa por el estilo. Claro, súbito se esconden asustadas esas pobres "prostitutas" tan responsables de su bienestar como lo son las explotadas obreras de la fábrica o del taller, de su malestar perpetuo.

Hay que pensar, pues, que esta educación es sórdida, sucia a más no poder y, sobre todo, contraproducente.

Los fines inmediatos y ulteriores de todo mitin o conferencia revolucionaria son la propaganda. Desde luego, si en vez de ir recogiendo elementos los vamos no sólo alejando, sino mal predisponiendolos hacia nosotros, claro está que los fines no se cumplen y, a lo más, lo que habremos obtenido será la voluptuosidad de haber dado un paseo por las calles, hechos unos tarascas perdularios.

¡Y no, pues! ¡Debemos ser de otro barro, de otra pasta, compuestos de otra forma! Si conturbamos el espíritu del profano, pero con una pésima predisposición en nuestro favor, ¿qué coyuntura tendremos para propagarle nuestras ideas de justicia?

El anarquista, durante su propaganda individual y gracias a la preparación que posee, no sólo alega y contiende, sino que procura convencer lo mismo al burgués que al obrero. Con el burgués es de una elasticidad sorprendente: el anarquista le escucha, y a la menor posibilidad le ataca en forma que el adversario no puede menos de confesar: "dice usted bien; tiene usted razón; es justo lo que usted expone".

Y bien, si así no se conducen algunos durante los actos públicos, ¿quiere decirse que en ellos dejaron de ser anarquistas de acción y de pensamiento? Porque si en su vida de propaganda y trabajo son tolerantes e inteligentes para exponer, no sé por qué razones han de ser brutales e intolerantes en una manifestación pública.

Podrán oponerme que no son los más viejos, ni los mejores elementos los que de tal modo se conducen; que sólo se trata de un puñado de entusiastas por las ideas, que aun no las comprenden o las comprenden mal; y que el estudio, al autorrazonamiento y otros accidentes del convencimiento puro, harán la transformación del individuo. Perfectamente, estoy de acuerdo. Nótese, sin embargo, que el individuo entra desorientado y entra mal en los ideales cuando los justos entusiasmos le arrastran a diluirse de placer ante un "¡viva el puñal de fulano!" Lo lógico es que el profano se entusiasme en otro sentido y entre en el ideal con otras miras.

Para eso estamos nosotros, para desterrar esas malas costumbres y hacer que desaparezcan por completo. Así, mañana o pasado, un amigo nuevo entre nosotros, se extrañará de uno de esos gritos tan anodinos como perjudiciales, siendo él el primero, nuevo en el conocimiento de la teoría, en tachar y criticar lo inoportuno y tonto.

Medítese, pues, cuanto decimos, y no se tome esta crítica como hija de un espíritu juzgamundos. Como se depuran las doctrinas se deben depurar los caracteres. Y, ante todo, no se olvide que somos anarquistas, como se olvida por esas calles con perjuicio del Ideal y de los que lo profesan a medias o completamente.

F. B.

—— (o) ——

Organicemos a los asalariados del campo

Es hora que definamos esta cuestión, ya que no hay otro remedio que agrupar en organizaciones rurales, solamente a los braceros y obreros en general que trabajan la tierra a cambio de jornales de hambre y sujetos a horarios de sol a sol. Entendamos bien: se organizarán en organizaciones rurales, aquellos explotados que regularmente residan en el campo y poblaciones que podríamos llamar agrarias por depender de esa clase de actividades o ser fronterizas a las regiones agrícolas o establecimientos ganaderos. Y donde no sea posible la creación de tales organismos, podrán asociarse en las sociedades de Oficios Varios, las que deberán se formadas allí donde tales organismos fueran aptos para allanar las dificultades existentes.

La polémica suscitada a raíz de los distintos criterios que aun subsisten para encarar la solución del problema, ha venido a mostrar que la única forma a que se puede recurrir por el momento para finiquitarlo, es la aceptada en el IX congreso de la F. O. R. A. Esto es, organizar solamente a los asalariados en general de la tierra, los únicos que pueden estar adheridos a ese organismo regional, al par que dedicarse a una propaganda revolucionaria de carácter anarquista en los colonos y chacareros que en calidad de arrendatarios hacen de paragolpes entre los señores de esta democracia y los que contribuyen a la creación de las riquezas de hacendados y ganaderos sin otra retribución que jornales mezquinos y una mala tumba por alimento. Tal es la conclusión a que se arriba, por mucho que nos esforcemos por buscar otra solución, en lo que respecta a la forma de organizar a esta clase de campesinos, si es que se está de acuerdo en el carácter revolucionario de la organización. En lo que respecta a las otras cuestiones que han sido englobadas en el mismo asunto, pero que pertenecen al problema social de la tierra, cosa distinta de la organización de los asalariados que es de solución inmediata, a nuestro entender pueden seguir siendo materia de una discusión más amplia e ilustrativa, sin que ello dé motivo al estancamiento de la tarea organizadora por la cual abogamos desde ya en forma intensa y extensa. Pero sin olvidarse que al encarar el estudio del problema social de la tierra, hay que tener en cuenta los procesos capitalistas que siguen cursos distintos, como ser la parcelación del latifundio y la aplicación de la forma de producción industrial existente en las ciudades.

Sería absurdo pretender se dejara en suspenso la formación de organizaciones de resistencia al capital y al Estado, hasta tanto se llegara a un acuerdo sobre la forma de encarar la solución al estado desesperante en que se hallan los colonos y chacareros arrendatarios, cosa imposible mientras subsista el sistema de explotación agrícola vigente en la campiña argentina. Además debe tenerse en cuenta que esta solución, hasta cierto punto, se halla ligada a la otra solución más amplia del problema social de la tierra.

Por lo tanto, los camaradas en condiciones de hacerlo, no deben demorar por más tiempo la labor de organizar a los trabajadores a jornal, ocupados en las faenas agrícolas y mensuales de estancias. Y deben hacerlo sobre esa base uniforme que es la adoptada por la F. O. R. A. Mientras más tardemos en realizar esta labor, más costoso nos resultará restar fuerzas al caciquismo rural y a los partidos de tierra adentro.

Al mismo tiempo que esta obra se realiza, se puede desde ya encarar una propaganda revolucionaria entre los colonos y chacareros, tomando por base este objetivo, puesto en práctica en Méjico: la realización de movimientos que tomen como punto de partida la negativa a pagar los arriendos y con vistas a la formación de Comunas agrarias. Creemos que tal objetivo es, hoy por hoy, la única forma práctica de encarar la solución del problema de la tierra, con proyecciones a una radical socialización, la que sólo podrá ser llevada a cabo el día que quede abolido el régimen burgués.

¡ USHUAIA !

No en vano sufren un horrible estremecimiento, al oir nombre tan fatídico, las personas que están al tanto de los inauditos martirios y la interminable serie de asesinatos que tienen por teatro ese tétrico presidio, enclavado en la más despiadada región, tal vez con el fin de poner de manifiesto la generosidad y la nobleza de corazón de los cafres representantes de esta abominable democracia, que ocultan el rabo bajo el frac, y las deformadas garras cubiertas con los aterciopelados guantes confeccionados al estilo parisino. Unicamente los embobados con los aparentes adelantos políticos y económicos, pueden ver en Ushuaia, sepultura levantada por el hombre para afrentar a su especie y orgullo de los envilecidos sátrapas que con el nombre de gobiernc sojuzgan y esquilman al pueblo, un lugar de regeneración y un poderoso resorte de felicidad patriótica...

Sí; no en vano se apodera una terrible angustia de los seres que están al tanto de las fechorías que a diario perpetran carceleros y jefes, con la aprobación y el aplauso de los feroces tiranos que padece la nación. Saben muy bien, tanto la mayoría de los obreros como las personas de sentimientos que no las ha corrompido la política y el dinero, que Ushuaia no es simplemente un lugar de eterno confinamiento, donde las víctimas aguardan pacientemente la muerte salvadora, ni tampoco una lóbrega catacumba donde se ultiman repentinamente los incorregibles delincuentes... sino que sobre su superficie helada se desarrollan escenas de indecible monstruosidad: los presos trabajan horas interminables bajo los continuos zurriagazos y culatazos de los mercenarios que los cuidan, hasta caer y teñir la nívea blancura con las estelas de sangre que brotan de sus cuerpos convertidos en pingajos humanos. Pero los que son elegidos actores para la tragedia que se desarrolla al aire libre y ante la inmensa y fatídica soledad, se consideran felices... Hay otra tragedia más horrible, más macabra: la que se desarrolla entre las paredes del calabozo, escenario en perpetua oscuridad, que tiene por candilejas los ojos del preso, cuyas pupilas sólo reflejan la muerte. Allí en ese antro, es apaleado, torturado, despojado de las frágiles vestimentas, sometido a pan y agua días interminables, condenado a una prolongada agonía, que en lugar de concluir en la total extinción, termina en la tuberculosis y la demencia.

Esa es la vida normal a que están sometidos los presos de Ushuaia. Todos los que por milagro han vuelto, lo confirman con sus espeluznantes narraciones, como la correspondencia que llega de tarde en tarde y otra clase de informaciones. Las mismas comisiones enviadas con el cínico pretexto de investigar, pero que han servido de motivo para arreciar en las torturas, confirman la pálida descripción que hemos hecho. El único que ha cantado loas a los instrumentos del crimen que tiene allí destacados, es el actual ministro, que para mayor ironía llaman de justicia.

Hace poco nos han llegado noticias de una veracidad aterradora. La situación de los presos se torna cada día más angustiosa y desesperante. Los tuberculosos y locos forman un hacinamiento espantoso. El tráfico con lo que producen los penados y con los medicamentos destinados a los mismos, ha alcanzado los más inconcebibles extremos. El director, el médico y demás altos carceleros, trafican con el hambre y los horribles padecimientos de sus víctimas.

Pero, según esas noticias, los que más sufren las consecuencias de ese desenfreno y antropofagia, son los presos por cuestiones sociales, nuestros hermanos de causa. Y con el que más especialmente se ensañan y hacen blanco de su befa los sicarios, es con Radowitzki. No obstante su estado sumamente delicado y su altruismo y nobleza demasiado humana, sus verdugos materiales, se nos dice, están empeñados en ultimarlo. Y es ¡sabedlo, trabajadores! porque sus verdugos morales, ubicados en los reductos gubernativos, así lo quieren para satisfacer su venganza y la de la casta parasitaria que representan.

Esa es la horrible realidad, que el pueblo debe conocer para que tenga en cuenta a los verdaderos responsables y juzgarlos de acuerdo a su justicia libertadora.

Las grandes mentiras

¡CIVILIZACION!

Con frecuencia habrá sonado en vuestros oidos ésta palabra. En los diarios, en las revistas, en la inmensa montaña de papel impreso que constituye el mercado del libro, en los eruptos lanzados en las solemnidades y banquetes de *alta* sociedad a guisa de discursos. ¿Pero os habéis interrogado alguna vez a vosotros mismos sobre el verdadero contenido de ésta palabra tanto y tan pomposamente repetida? ¿Nunca os aguijoneó la curiosidad por inquirir su más fiel significado?

Civilización es: "Estado de un pueblo que ha adelantado intelectual y moralmente, y que lo revela en sus leyes, instituciones y artes" dicen los diccionarios. Por fortuna fué puesto en esa definición el adverbio de modo *moralmente*, palabra que creemos esencialísima y que hubiésemos agregado de no haberla.

Ahora, aceptada por el momento esa explicación, hasta la palabra citada, permitidme esta pregunta: ¿en dónde conocéis un pueblo, una nación *moralmente* adelantada? Indicadmela si la sabéis; os lo ruego.

Tal vez imaginéis haber descubierto en mi un misoneísta, un enemigo de la civilización. Craso error. No soy creyente de Hobbes ni discípulo de Roseau. Acaso me creáis un pesimista, un escéptico o un crédulo fanático de la "bienaventuranza ultraterrena" pintada en un sermón de cuaresma. Nada de eso. En tanto, yo testarudo,, y no por la gracia de Dios, insisto en mi exigencia de que me convenzáis por el ejemplo. A ver, ¡un ejemplo de pueblo civilizado!...

¿Qué entendéis por adelanto moral? ¿El boato, el despilfarro en la indumentaria de las costumbres modernas, la ostentación de colgaduras, el exhibicionismo de objetos brillantes o metálicos ataviados en el cuerpo o adicionados a los vestidos? Cientos de cloróticas habrá que así lo dicen.

Pero vosotros, mis queridos amigos, estáis persuadidos de que todo eso no otra cosa es que insulto a los harapientos, depravación, resabios de salvagismo, estigmas de arraigada esclavitud. ¿Por ventura es signo de civilización la molicie y el sibaritismo en que vegetan los ociosos? Es decadencia moral, atrofia física, injuria a los hambrientos. ¿Serán, entonces, índice, de esta civilización cantada y descantada la comedida etiqueta, la risa sardónica, las repetidas curbaturas de espinazo, la quintaesencia de la urbanidad y de una aparatosa cortesía, compendiada en el diestro manejo del sombrero y en la repetición de fórmulas consagradas y desgastadas por el uso? Carnaval, asco, hipocresía, parodia infame todo eso.

Si, pues, las costumbres desprovistas de toda expresión de racional sencillez y el trato falsario entre las gentes, constituyen la síntesis de la portentosa civilización que se nos encomia. ¿En dónde o cómo encontraremos siquiera las huellas de la maravilla que es causa y motivo de tanta vanagloria?

Se repetirá acaso lo que tanto se ha dicho: los progresos de la industria, el perfeccionamiento de la técnica en todas las actividades del trabajo, la economía del humano esfuerzo por el aprovechamiento creciente de los fenómenos naturales, el vapor, el agua, la electricidad, etc. Me hablaréis de los portentos de la imprenta, de los arcanos descubiertos a distancias remotísimas en el fondo del ignoto y tenebroso espacio, del desarrollo brillante de las ciencias exactas, la biología, la física, la química etc. Me recordaréis la conquista humana en los medios de comunicación, la radiografía y radiofonía. Más no llegaréis a demostrarme que todo eso trasciende los límites del progreso físico e intelectual. Alguien argüirá: la superación del hombre en el dominio de los fenómenos naturales y en el conocimiento de cuanto le circunda, supone elaboración de una sensibilidad constantemente más superior en el proceso de humanización a que la sociedad supedita a cada uno de sus miembros. Sofisma. Porque la mayor suma de conocimientos no suponen mayor deseo del bien, ni más fuerte anhelo de justicia.

Hombres hay, y es abuntantísimo el número, que su evolución moral está en razón inversa de la instrucción que poseen.

Puede ser un hombre mentalmente muy evolucionado y tener entregadas sus aptitudes y facultades al servicio de una pésima causa. ¿Qué obtenemos en consecuencia de tanta civilización? Se dirá, los frutos benefactores del progreso pueden usufructuarlos todo por igual. Mentira. ¿Cómo podré trasladarme en vehículos de gran velocidad de un punto a otro de la tierra si carezco de los recursos monetarios que para conseguirlo se me exigen? ¿Cómo afrontaré las inclemencias de la naturaleza si no dispongo de los medios que ofrecen la garantía de pago al casero que me alquila una habitación? ¿Cómo daré satisfacción ¡y cómo la obtendrán millones de seres humanos! a todas las necesidades que siente mi organismo y a todos los derechos que me dicta la conciencia? Me aconsejaréis que en el trabajo personal está contenida la solución de ese magno y doble problema biológico y jurídico. Pero no son consejos lo que yo vengo precisando desde hace días, sino el trabajo que me recomendáis. ¿Quién me lo dá? Nadie se cree embargado de ese deber.

Entonces, remedando la lechera de la fábula a la fuerza abdicaremos de cuantos derechos de ciudadanía nos otorga un código civil y de cuantas garantía constitucionales nos permita la voluntad de los encargados de distribución de la justicia. Y si se nos obliga, por el desprecio en el mercado de brazos, a la abdicación de los más inalienables derechos, condenándonos a renunciar de la existencia, al suicidio. ¿Tenemos derecho a suicidarnos? Ni a ésto siquiera, pues seremos sometidos a prisión si no procedemos con acierto.

¿Y llamáis civilización a este engranaje torturador y deprimente? ¿Creéis que la falsa caridad que simulan las ninfómanas y filantrópicas damas de beneficiencia implica una manifestación de progreso en los sentimientos humanos? Es, al contrario, una sordida expresión de sarcasmo.

¿Qué significa tanta abundancia, tanto lujo y tanta... obesidad en unos, sino insulto a los productores que de todo carecen y que pasean sus escualidos esquéletos pregonando en el diseño sombrío de su rostro el más inapelable y condenatorio anatema a una civilización de ignominia, de crimen y de odio? Ya lo ha dicho nuestro viejo camarada J. Prat, "civilización es sinónimo de revólver, fraternidad de cafrería, justicia de compra y venta".

¿Cuál pueblo revela civilización "en sus leyes en sus instituciones o en sus artes?"

¿Pueden las leyes en sí ser exponencia de adelanto? Jamás. Siempre fueron estas los diques opuestos al oleaje ascendente del progreso. Significaron las esclusas cerradas al impulso dinámico de la evolución.

La ley, en el mejor de los casos, significó y significará la sanción de una conquista obtenida por ingentes esfuerzos, expontánea dinámico transformadora de innúmeras y pertinaces voluntades. Y cuando los legisladores, bajo prescripción jurídica, consagran una reivindicación del pueblo al respecto colectivo, guíales siempre el interés de que allí se sacien las voluntades y aquella concesión signifique un limite a los anhelos de corazones sedientos, abiertos siempre a la esperanza, a los impulsos del pensamiento humano siempre ascendente, y al consorcio del hombre con la naturaleza en cuanto entregada a sempiterno movimiento y a transformación incesante.

¿Por sus instituciones acaso, tenéis noticia de algún pueblo civilizado? ¿No es el Estado la institución por antonomasia — la que pudiéramos llamar matriz de las demás — en cada pueblo, tanto de la denominada civilización de oriente como de occidente? ¿No significa el Estado la violencia organizada, la fuerza irracional proclamada principio y norma arbitral para la vida en sociedad, y no se impone como dogma indiscutible en el que han de inspirarse las acciones colectivas y al que deben rendir acatamiento las conciencias individuales? El es la resultante y expresión máxima de las diversas instituciones que le sirven de tentáculos; instituciones para la exacción, para la confiscación y el monopolio, como la curia, las finanzas, los trust; instituciones para la opresión y para el engaño, como la magistratura y la prensa; para el comercio y para el crimen, como la escuela en la que se martillan y forjan los primeros moldes para "pequeños soldados y pequeños jesuitas", y la universidad — en donde se instruyen los hombres para la avaricia de honores y riquezas en el más depravado y bastardo comercio de las ciencias y de las artes; y habíamos dicho, por último, para el crimen, como las policías, las milicias y los cuerpos de prisiones.

Y si tan somero balance extraído de las instituciones del presente régimen nos ofrece desastre tal y tan rotunda negación de las virtudes y cualidades excelsas de civilización que le atribuyen ¿qué diremos de las artes contemporáneas, el teatro, la literatura, los deportes etc., en donde poco resta que salvarse ante el naufragio de corruptela y mercantilismo en cuyo lodo habituaronse a nadar tantos batracios de la cultura.

¿Y a ésto llamáis civilización? Mentira, mil veces mentira. Salvagismo, barbarie... No; tampoco esto: ¡peor, mucho peor! Que me perdonen los sencillos salvajes y los vigorosos bárbaros que desquiciaron el Imperio romano, despótico y decadente.

Civilización interpretada en el mejor sentido, será la demolición de las cadenas que engarzadas hoy al corazón y al cerebro de los hombres fueron forjadas ayer por la ignorancia y la intención siniestra de perpetuar la esclavitud del cuerpo y del espíritu. Civilización será la correlatividad armónica del progreso en todas sus fases: física, intelectual, moral, emotiva.

Cuando el hombre desobedezca el dictado de leyes divinas o humanas e inspire sus acciones en la moral inmanente a un nuevo sentido de la vida, a una concepción recíproca y humana (no troglodítica, o mosáica) de la justicia y a una noción amplia y responsabilista de la libertad; cuando el nuevo edificio humano háyase cimentado en la piedra angular de éstos valores, podrán sus moradores calificarse sin ambages de civilizados.

Sí; esta cacareada civilización en un Himalaya de mentiras irritantes, de crueldades y de infamias.

Mientras el derecho que rija a todos los pueblos de la tierra no sea el de igualdad ante la naturaleza y ante la sociedad (igualdad económica y política); mientras la solidaridad (ayuda mutua) y el amor no substituyan a la justicia distributiva; mientras el reinado de la autoridad no se quiebre en pedazos mil por el milagro de la acción y de la voluntad de los hombres, suplantándola con el establecimiento de la libre inteligenciay del respeto recíproco; en tanto no haga eclosión la revolución social transformadora que se gesta en el alma de legiones indómitas, decid, sin titubeo ¡embustero! a quién de civilización os hable.

No olvidemos en momento alguno y sírvanos como motivo de meditación las siguientes palabras de Reclús en las que glosa a un sabio que vivió muchos años la vida comunista anárquica de diversas tribus y el que cantó después con tanto elogio la nostalgia de su separación: 'En vano nos pretendemos civilizados, si por civilización hay que entender, con las palabras de Alfredo Rusell Wallace, "la armonía de la libertad individual con la voluntad de la comunidad"'.

I. MARTI